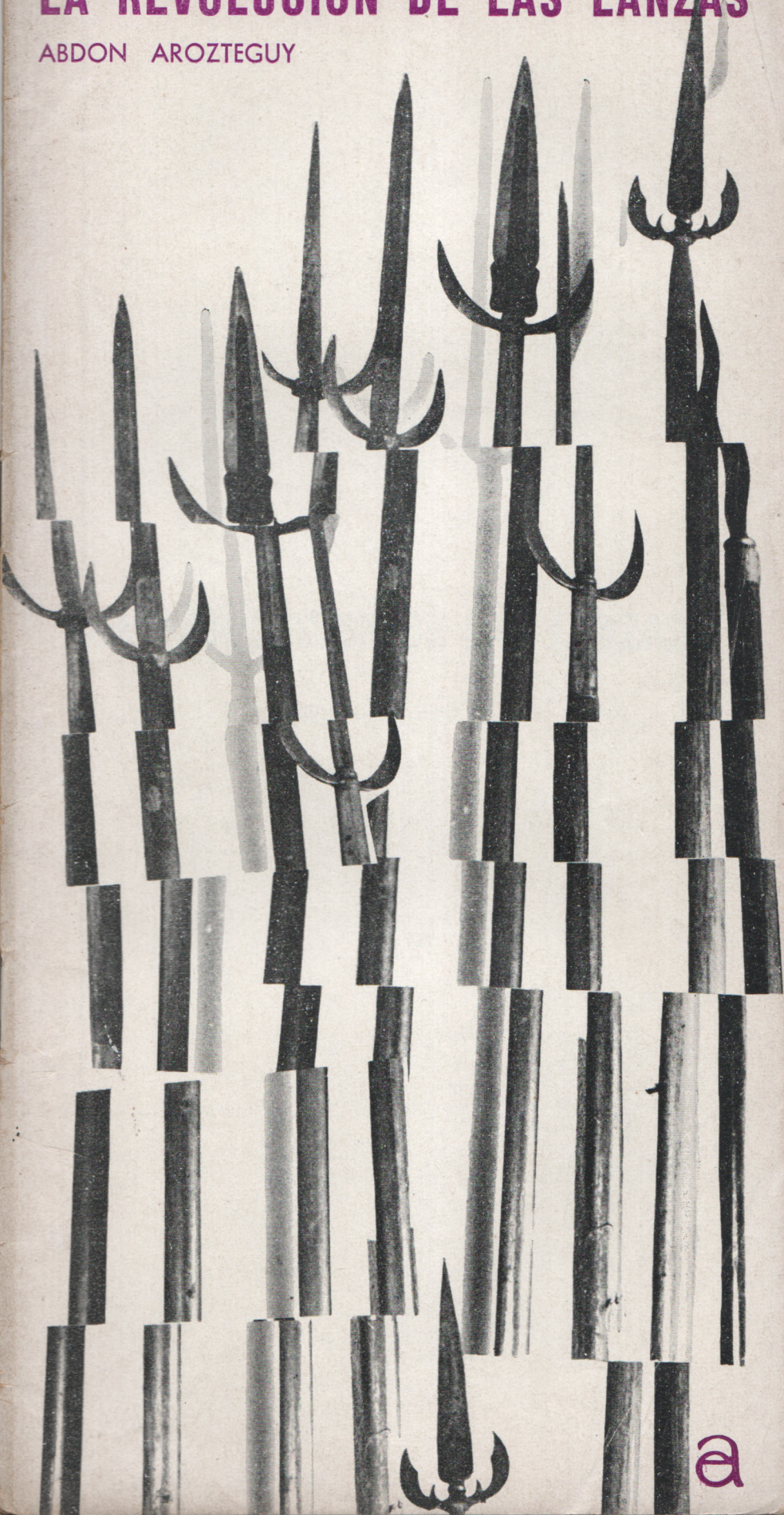


LA REVOLUCION DE LAS LANZAS

ABDON AROZTEGUY



LA REVOLUCION DE LAS LANZAS

ABDON AROZTEGUI

La batalla del Sauce*

El día 16 de diciembre de 1870, encontrándose los nacionalistas sitiando a Montevideo, esparcióse la noticia de que el General D. Gregorio Suárez, a marchas forzadas, se aproximaba a la capital con un numeroso ejército compuesto de las tres armas: el mismo ejército cuyos restos salvara en la batalla de Severino, y que descuidado por sus contrarios había reorganizado aquel jefe y reforzado en el norte del río Negro con todos los elementos dispersos que pudo reunir y con los que se le incorporaron de las fuerzas del General Caraballo, vencidas en Corralito. Se agregaba también, que en combinación con la guarnición sitiada pensaban encerrar y batir entre dos fuegos a las tropas revolucionarias.

El General Aparicio hacía dos o tres días que tenía conocimiento del pasaje de Suárez al sur del río Negro, y relativamente estaba tranquilo, porque creía concienzudamente que le sería sumamente fácil derrotarlo saliéndole al encuentro; volviendo después del triunfo con más seguridad a continuar el asedio de Montevideo.

Así fue que el día 16, habiendo resuelto levantar el sitio para ir a buscar al enemigo que podía atacarlo por la retaguardia, y siendo como las tres o cuatro de la tarde, hizo dar orden por el Estado Mayor General a todos los cuerpos en servicio y a los que estaban francos, de reconcentrarse sobre la línea inmediatamente que anocheciera, con todos sus pertrechos y bagajes.

Muchos, al recibir esta orden, pusieron en duda la aproximación de Suárez, creyendo que fuera una estratagema para engañar al enemigo, y que de lo que se trataba realmente, era de llevar el ataque a la plaza, tantas veces anunciado y deseado con entusiasmo por todos.

Pero una vez reconcentradas en orden de ataque todas las fuerzas sitiadoras sobre las trincheras enemigas, y a eso de las ocho de la noche, recibióse contraorden de marcha hacia la villa de la Unión; y así como la orden primera fue recibida con júbilo indescriptible, la contraorden se recibió con un desaliento inmenso por los cuerpos, pues entonces se disiparon completamente las esperanzas que se habían albergado en la creencia de que se había resuelto llevar el ataque serio a la plaza.

El Gobierno, que sin demostraciones bélicas de ninguna especie lo había esperado también, revivió parece al notar esta evolución contraria y empezó, recién entonces, a cañonear a los revolucionarios por la retaguardia; pero éstos sin preocuparse continuaron su marcha tranquilamente, pasando por la Unión, hasta llegar a Toledo, donde acamparon esa noche sin ninguna otra novedad.

¡Qué sorpresa y aflicción produjo esta retirada inesperada a las numerosas y distinguidas familias que se encontraban residiendo en la Unión desde el principio del sitio y que esperaban entusiasmadas la entrada triunfal de los nacionalistas a la capital de la República! ¡Qué despedidas más enternecedoras! ¡Cuántos abrazos y cuántas lágrimas se derramaron en aquella noche inolvidable! Hubo muchas personas que no se resignaron a quedar abandonadas según ellas, y siguieron en carruaje al ejército por varios días, siendo inmenso el desaliento y disgusto que produjo la marcha entre aquellas familias cuya suerte dependía del éxito de la revolución.

(*) Capítulo XI de "La Revolución Oriental de 1870", Tomo I, Buenos Aires. Editor Félix Lajouane, 1889.

El mismo día de la retirada de la Unión, embarcáronse para Buenos Aires los señores Federico Nin Reyes, Juan José Herrera, Carlos Ambrosio Lerena y otros amigos, con el propósito de trabajar desde allá por la causa nacionalista.

Los días 17, 18 y 19 caminaron constantemente los revolucionarios, aunque en marchas lentas y parándose a cada momento a causa de los muchos heridos que conducían; campando la noche del último día en el Solís Chico, en cuyo punto hubo de tomar una diligencia de D. Antonio Díaz, que hacía la carrera para Rocha, con el objeto de colocar con mayor comodidad algunos de aquellos heridos más graves, que no había suficientes carruajes para conducirlos.

El día 20 siguió marcha precipitadamente el ejército hacia el arroyo de Solís Grande, por haber tenido conocimiento por algunos bomberos tomados al enemigo y por sus propios bomberos, de que el enemigo se encontraba en aquel paraje. La vanguardia al mando del General Muniz, que marchaba adelante fue la primera que se avistó con la vanguardia del ejército de Suárez, mandada por el General Borges, que estaba campado al lado del paso real de dicho arroyo: el grueso del ejército se encontraba retirado como media legua del referido paso.

A todo galope se precipitó la vanguardia del General Muniz sobre los enemigos, pero éstos, que se componían de fuerzas ligeras, montan a caballo a medio ensillar y precipitadamente vadean el arroyo, dejando en el campamento infinidad de recados y armas, y las reses con cueros que acababan de carnear para comer. Una vez del otro lado del arroyo, se detiene Borges —y como el ejército de Suárez se aproximaba al paso, detiéndose también sin avanzar el General Muniz hasta recibir órdenes del General en Jefe.

Una hora después, y siendo como las tres de la tarde, llega el General Aparicio con sus tropas a inmediaciones del mencionado paso real, donde tendió su línea de batalla inmediatamente e hizo escopetear con la vanguardia al enemigo, que también había tendido línea del otro lado del arroyo y que sostenía decididamente, no sólo el paso real, sino también dos pasos más que existen en aquel punto. Pero llegando la noche enseguida y no pudiendo abrir operaciones por el momento debido a la posición de su contrario, retiróse el ejército revolucionario para elegir buen sitio y campar, como así lo hizo, próximo al paraje donde había tendido su línea, prometiéndose operar al día siguiente de una manera decisiva; dejando establecida una gran vigilancia sobre los puntos sostenidos por la gente de Suárez.

Al otro día, muy temprano, el ejército gubernista retrocedió como una legua yendo a ocupar una posición inexpugnable en las sierras de Minas, tendiendo su línea de batalla sobre la falda de los Cerros de Betel, quedando siempre su vanguardia defendiendo el paso real de Solís Grande. Pero los revolucionarios avanzaron audazmente sobre el mencionado paso real y consiguieron tomarlo vadeando el arroyo todo el ejército después que fue desocupado aquel punto por el General Borges, que se retiró, a trote y galope hasta incorporarse a los suyos.

En seguida avanzaron las tropas nacionalistas divididas en dos columnas paralelas, con el propósito firme de llevar el ataque al enemigo; pero al ver que era imposible hacerlo por las condiciones en que se había colocado, pues tenía a su frente unos cañadones barrancosos, inaccesibles para las caballerías, se mandó hacer alto por un momento, entrando luego a evolucionar amenazando cargas por los flancos y concitándolo al combate, disponiendo también hacerle algunos disparos de cañón sobre el costado izquierdo, todo

lo cual fue inútil, pues el ejército del Gobierno no se movió de sus posiciones y se conformó con desplegar algunas guerrillas a los costados y contestar con su artillería los fuegos que se le hacían.

En vista de esto, y prestándose admirablemente el terreno por su posición topográfica para sitiar allí al General Suárez, así lo dispuso el General Aparicio, resolviendo tender su línea en este orden: al centro algunas caballerías, la artillería y la infantería; al costado derecho las caballerías del General Benítez, un batallón de infantería y dos piezas de artillería, y al costado izquierdo las caballerías de los Generales Medina y Muniz; mandando además una fuerza de caballería e infantería para que se colocase a retaguardia del enemigo, en una abra o boquerón de la sierra, único punto por el cual éste, aunque con grandes dificultades, podría evadirse.

El día 22 por la mañana, teniendo conocimiento el General Aparicio que Suárez iba a recibir por la vía marítima un refuerzo de gente que le enviaba el gobierno de Montevideo, mandó al General Muniz con su vanguardia y el batallón de Estomba para que tratase de impedir el desembarque de esas fuerzas, el cual se intentó verificar por el puerto del Inglés, en las costas del Océano Atlántico que bañan las riberas del departamento de Maldonado.

Este refuerzo se embarcó en Montevideo el día 20 en los vapores *Coquimbo*, *Oriental*, *Rayo* y *Montevideo*, y se componía de los batallones 1º de Cazadores, Urbano, 24 de Abril y la compañía de Steffanelli y de un escuadrón de caballería, llevando consigo municiones, armas y vestuarios. El jefe de la expedición era el bravo Coronel Pagola, y su plan primero era desembarcar en el puerto de Maldonado, en la creencia de que Suárez dominaba aquella zona, pero cambió de opinión al tener conocimiento que los revolucionarios lo habían encerrado en las sierras de Minas, resolviendo entonces hacerlo por el puerto del Inglés, que queda más próximo a las mencionadas sierras.

Pero con tanta rapidez y acierto procedió el General Muniz, que no se animaron a desembarcar los expedicionarios, no obstante haber intentado hacerlo guerrillándose breves momentos con los revolucionarios; concluyendo al fin por retirarse y regresar a Montevideo sin realizar la operación que proyectaban.

Todo el día 22, conservándose los dos ejércitos en sus mismas posiciones, sin animarse el General Suárez a avanzar ni poder retirarse por la retaguardia, y sin poder atacar ni pensar en ello, el ejército revolucionario; no ocurriendo otras novedades por ambas partes que pequeñas guerrillas en que se hicieron mutuamente algunos muertos y heridos.

Todo inducía a creer que las cosas continuarían en este estado hasta que Suárez no tuviese más remedio que capitular; pero a la noche cambió completamente de aspecto la situación, evadiéndose con pertrechos y bagages todo el ejército sitiado, de la manera más inusitada, sin forzar las líneas y no encontrando más que una débil resistencia, porque apenas se hizo sentir al practicar su movimiento de retirada.

Es verdad que la línea de los revolucionarios se había debilitado algo, particularmente por el costado izquierdo por donde escapó el enemigo debido al envío de las fuerzas a las costa de Maldonado, y que esta circunstancia, como se demuestra en las dos cartas y dos partes oficiales de Suárez que publicamos más adelante, fue lo que éste tuvo en vista para llevar a cabo su audaz empresa; pero como quiera que sea preciso es reconocer que hubo una indolencia y un abandono completo por parte del General Aparicio en la consumación de este hecho, y que si no hubiera sido por su excesiva confianza, que tan fatal fue siempre para la revolución

del 70, jamás lo hubiera realizado su enemigo, pues no obstante las seguridades de que hace alarde en los documentos referidos, la revolución contaba todavía con fuerzas y elementos de sobra para haberlo rechazado.

Si no hubiera sido así, a pesar de las recomendaciones que dice el General Suárez tenía del Presidente de la República para no comprometer una batalla sin haber recibido los refuerzos que esperaba, la hubiera librado seguramente, como eran sus más ardientes deseos, antes que ir a encerrarse de *motu proprio* en un punto de donde sólo la gran suerte y la ciega confianza del adversario lo pudo haber sacado ileso.

Este hecho desgraciado, que había de ser aciago a la causa nacionalista, carece de disculpa ni atenuación bastante para salvar la responsabilidad del jefe sitiador, cuyo descuido, negligencia o como quiera llamarse, no sólo le impidió el haberse apoderado del ejército de Suárez en el cual había entrado la desmoralización, sino que permitiéndole a éste sacar intactas sus fuerzas, que nadie persiguió, pudo acercarse a Montevideo, recibir refuerzos de todo género y librar luego con inmensas ventajas de su parte el combate del Sauce que dio por tierra con los triunfos que hasta entonces había obtenido la revolución.

Serían las 10 u 11 de la noche. El General Suárez pone en movimiento todas sus tropas, haciendo marchar el grueso de ellas sobre el costado izquierdo de Aparicio, por la falda misma de las sierras. Al mismo tiempo manda algunas ligeras divisiones de caballería a llamar la atención sobre el costado derecho y un extremo del centro del ejército sitiador, en cuyos puntos se produce un fuerte tiroteo con las avanzadas de los revolucionarios.

Creyeron éstos en el primer momento que se trataba de alguna sorpresa a sus guardias avanzadas, lo cual se había intentado por el mismo costado en la noche anterior, así fue que no se le dio gran importancia a la operación y volvió en seguida la tranquilidad a los ánimos un momento alterados.

Mientras tanto el General Suárez avanzaba y seguía avanzando sin dificultad hasta encontrarse con el extremo del costado izquierdo de la línea de los sitiadores y entonces las caballerías que había desprendido cesaban de hacer fuego y corrían a todo galope a buscar la incorporación del ejército gubernista, como lo verificaron sin tropiezo.

Al llegar a la extremidad izquierda de las fuerzas de Aparicio, fueron descubiertos por el escuadrón del Coronel Pintos Baes, que estaba de servicio, el cual los hostilizó vivamente rompiendo un nutrido fuego y enviando un chasque a su jefe el General Medina, avisándole lo que ocurría, cuya noticia elevó éste inmediatamente a conocimiento del General en jefe.

Y Suárez continuaba marchando hasta trasponer completamente las líneas y los fuegos se apagaban completamente, llegando los chasques al cuartel General trayendo la noticia primero "que el enemigo intentaba escaparse", después "que se escapaba", y, por último, "que se había escapado".

Mientras tanto, ¿qué había hecho, qué hacía el General Aparicio? ¿Qué era lo que opinaba, qué contestación daba a estas comunicaciones? Nada hizo; parece imposible, pero ninguna disposición tomó, y, según dicen, no quiso creer tampoco en aquellos partes, diciendo *que era el miedo que los hacía ver visiones*.

Esta extraña conducta, como no podía ser por menos, produjo en sus filas un gran descontento: máxime cuando acababa de levantarse el sitio de Montevideo por una imprevisión análoga, y también por las mismas imprevisiones, hijas todas de una confianza exa-

gerada, no se habían aprovechado, como debieron aprovecharse, los espléndidos triunfos de Severino y Corralito. Al otro día, cuando todos se convencieron de la evasión de Suárez, el disgusto y la tristeza se veían marcadas en todos los semblantes.

Fue tal la sorpresa que produjo en todo el ejército la fuga del contrario, que muchos tuvieron la necesidad de palpar la realidad trasportándose hasta donde había estado su campamento. Debido a esta circunstancia y al estupor que le causó el hecho al mismo General Aparicio, y no, como dice el General Suárez, porque hubiera sufrido nada ese ejército en la noche anterior, en que apenas tendría dos o tres bajas en las guerrillas que hubieron; fue que recién empezó la persecución a las 9 de la mañana, saliendo de vanguardia la división de Ferrer y el escuadrón del Comandante Gervasio Burgueño, que emprendieron la marcha al trote y galope siguiendo el rastro de los enemigos, tomando en el camino una infinidad de infantes italianos enganchados que quedaban rezagados y varias carretas que habían abandonado aquéllos en su precipitada fuga, llegando hasta el pueblo de Pando, donde guerrillaron a una partida que se encontraba en las orillas del pueblo y que huyó al aproximarse las fuerzas nacionalistas, dejando en el campo un Capitán y un soldado muertos. El ejército marchó también todo el día a paso largo y trote, alcanzando casi al anochecer a la costa de Pando, en cuyo paraje resolvió acampar para dar descanso a la gente y entrar en operaciones al día siguiente sobre el ejército de Suárez, que había llegado esa tarde y estaba acampado tranquilamente en el circo de Maroñas, a una legua de Montevideo.

El día 24 mantuviéronse los dos ejércitos más o menos en las mismas posiciones; guerrillándose únicamente sus vanguardias por la altura de Toledo y recibiendo ambos incorporaciones y refuerzos.

Al revolucionario se le incorporaron las fuerzas del General Muniz que volvían de haber cumplido su comisión en Maldonado, y otras divisiones que andaban licenciadas por sus departamentos y habían recibido orden en esos días de incorporarse al ejército inmediatamente. Y el ejército gubernista recibió en su campamento de Maroñas el refuerzo tan esperado de la expedición que intentara desembarcar por el puerto del Inglés, y otras fuerzas más, consistiendo todo en 800 infantes, 500 caballos y 2 piezas de artillería.

Véase cómo apreciaba *El Siglo* la venida del ejército de Suárez a las puertas de Montevideo; apreciaciones que corroboran lo que hemos dicho en el capítulo anterior respecto a las dudas que se tenían de la existencia del referido ejército y el desaliento en que se encontraban las fuerzas de Batlle en la capital. El artículo es del Dr. D. José Pedro Ramírez.

DOS FASES DE LA RETIRADA DE NUESTRO EJERCITO

"El ejército ha venido a Maroñas y está acampado en el circo de las carreras Nacionales.

"Este hecho tiene dos significados.

"Es favorable y es una victoria, en cuanto ha venido a demostrar que existía un ejército en campaña compuesto de más de 3.000 hombres, y fuerte por su organización personal y militar, cosa que no se creía por el enemigo, y que se dudaba hasta por nuestros mismos correligionarios.

"Quien dude de lo que decimos, puede dar un paseo hasta el Circo y quedará convencido.

"Por otra parte, ese ejército reconcentrado a la Capital, aleja la posibilidad de un sitio, y con mucha más razón, de un triunfo decisivo por parte del enemigo.

ayer a la tarde nuestra vanguardia se escopeteaba con la del enemigo, que seguido del grueso de su ejército, desde las tres de la tarde permanecía tendido en batalla del otro lado del arroyo Solís Grande.

"Hasta mi salida de ayer (5 de la tarde) nuestra vanguardia compuesta de 1.200 hombres de bien dispuesta caballería y el batallón «Sosa» sostenía bizarramente su puesto sin que al enemigo le fuera dado avanzar sobre el paso real de Solís, y dos más adyacentes que existen al frente de nuestra línea. El General Suárez me encargó asegurar al Gobierno que defendería aquella posición hasta la incorporación del contingente que en estos momentos se embarca para tomar parte en la batalla que irremediablemente tendrá lugar mañana o pasado.

"Con las fuerzas que mañana quedarán agregadas al ejército, su número pasará de 4.000 hombres.

"El espíritu de nuestro ejército es inmejorable, entusiasta y lleno de decisión. Podemos todos confiar en el buen éxito de la batalla.

"Nuestra artillería es poderosa y bien servida. Puedo garantizarle que maniobrá con éxito en el campo de batalla, pues todo el ejército confía en el efecto de los 12 cañones que la componen.

"Concluyo doctor por anunciarle que muy pronto tendrá buenas noticias de nosotros, pues todo nos asegura un espléndido triunfo.

"Lo saluda su compatriota y amigo.

Enrique Pereda".

Diciembre 21 de 1870.

PARTE OFICIAL

"Campamento al pie de los Cerros de Betel, Diciembre de 1870.

"Exmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina, Coronel D. Trifón Ordóñez.

Sr. Ministro:

"Tuve el honor de recibir la carta de V.E. fecha 20 del corriente y por ella conocimiento del desencuentro acaecido en la operación que debió hacerse por el puerto de Maldonado. Más tarde y con más calma explicaré a V.E. las causas que obstaron a ello.

"Desgraciadamente no pudo tampoco realizarse aquella operación por el puerto del Inglés, tengo parte que los vapores han llegado, pero me ha sido imposible ir a proteger el desembarque de las infanterías, porque el enemigo se ha interpuesto entre el ejército y el puerto.

"Debiendo garantizar el éxito de una batalla, creí más conveniente venir ayer a ocupar una brillante posición al pie de los Cerros de Betel, formando una línea circular inexpugnable. El enemigo avanzó entonces con todo el aparato de un ataque decisivo, pero se detuvo ante la seguridad de la derrota, reduciéndose a correr sus fuerzas de uno a otro costado, para tratar de hacerme mover la línea y flanquearme enseguida.

"En el día de ayer se hicieron de parte a parte muchos disparos de cañón, obligando nuestros fuegos a callar los del enemigo. Las guerrillas de infantería han sido continuas ayer y hoy, pero sin resultado de importancia.

"Hoy por la mañana el enemigo empezó a correr sus fuerzas sobre nuestra izquierda, y enseguida desprendió hacia el puerto del Inglés una columna de 1.000 hombres; el resto de su ejército ha quedado a nuestro frente, pero en posiciones ventajosas.

"Decidido a no aventurar una batalla sin la seguridad del triunfo, como lo ha recomendado S.E. el señor Presidente de la República, no he querido llevar el ataque y comprometer el combate; pero aprovecho el debilitamiento de la línea enemiga para efectuar en la noche una operación que me pondrá en contacto con la capital.

"Seré feliz en ello, y puede ordenar V.E. que vuelvan los vapores.

"Al aproximarme no descuidaré mandar aviso a V.E. Ahora sólo me resta agregar que la decisión y el entusiasmo del ejército han justificado mis esfuerzos.

"Dios guarde a V.E. muchos años.

José G. Suárez".

SEGUNDA CARTA

"Sr. Dr. D. José P. Ramírez.

"Cerros de Betel, Diciembre 22 de 1870.

"Querido amigo:

"Quiero ser el primero en referir al Director de *El Siglo* para que lo trasmita por boletín a numerosos lectores, las operaciones de estos últimos días.

"El 20 el enemigo se redujo a avanzar hasta el paso real de Solís retirándose por la noche.

"En la mañana del 21 retrocedimos una legua y vinimos a ocupar la falda de los Cerros de Betel tomando una posición inexpugnable.

"A la espalda de la sierra que defendía también nuestra derecha y a la izquierda dos cañadas barrancosas, pedregosas, llenas de matorrales espinosos.

"A la retaguardia nos queda una abra donde echamos nuestras caballadas y por donde podemos recoger ganado.

"La vanguardia quedó defendiendo el paso y lo sostuvo hasta las 12, hora en que el enemigo avanzó en masa y con audacia.

"Entonces la vanguardia vino a ocupar la derecha.

"La compañía del batallón «Sosa», y las divisiones de Giménez, Llanes, Tabares, Milán e Irigoyen; en el centro bajo las órdenes de Suárez y Reyes, la artillería y los batallones «1º de G.G. N.N.», «Pacheco», «Urbano», «Paysandú», «1er. Plantel» y «San José» con la caballería de Tacuarembó y Durazno bajo las órdenes de Simón Martínez.

"A la izquierda bajo el mando de Coronado, el Batallón «Santa Rosa» y la Guardia Nacional del pueblo del Salto.

"Así que el enemigo vadeó el paso se dividió en dos columnas y venía simultáneamente amagando los dos flancos, pero se detuvo fuera de tiro de cañón, haciendo echar pie a tierra y encendiendo fuego para churrasquear. Poco después llevó sus cañones a nuestro costado izquierdo, aprovechando un cerco para encubrirse y empezó a hacernos fuego desde una población cercana oculta entre los árboles; nos tomaba mal y pudo causarnos daño, pero en 50 tiros sólo nos mató cuatro hombres.

"Rodríguez llevó dos piezas al costado izquierdo e hizo callar los fuegos enemigos. Coronado los hostilizaba con guerrillas de caballería e infantería. En estas andanzas se pasó una hora y media.

"Más tarde formaron su infantería al centro y parecía que hacían converger allí todos sus fuegos. Esperamos sin disparar un tiro, pero se detuvieron.

"Todo quedó tranquilo a excepción de las guerrillas que continuaban en los dos costados, pero sin audacia por parte de los blancos.

"A eso de las 5 hicimos unos disparos de cañón y los obligamos a retirarse. En la noche Coronado hizo correr una guardia que había quedado en la población desde donde le hicieron fuego. Se corrió y se durmió homeopáticamente.

"Hoy por la mañana los blancos empezaron a moverse hacia la izquierda y desprendieron 1.000 hombres hacia el puerto del Inglés desde donde hacían señales los vapores.

"El resto de las fuerzas quedó repartido a nuestros frentes.

"El enemigo no ha presentado muchas fuerzas; los que más le calculan no llegan hasta el número de 3.500.

"Sin embargo, decididos los Generales a no arriesgar batalla sin recibir refuerzos, hemos permanecido quietos y esta noche aprovecharemos el debilitamiento de la línea enemiga para atropellar y dirigirnos a Montevideo.

"Creo que no pueden hacernos nada y que la operación será feliz.

"Ha llegado Manduca Carabajal con 80 hombres.

"Lo saluda su amigo.

N. N."

Al toque de diana, los dos ejércitos se aprestaron para la lucha. El General Suárez abandonó el campamento de la noche anterior, de la falda del Cerrito en la quinta del Sr. D. Emilio Berro, y a las 6 de la mañana se adelantó hacia los revolucionarios.

El ejército de Aparicio, a la misma hora, se aproximaba a Toledo, llegando a la chacra de los señores Quilez.

Las descubiertas revolucionarias compuestas de los tres escudrones que la noche anterior habían hecho el servicio de avanzadas, mandadas respectivamente por los Coroneles Pintos Baes y Guillermo García y por el Comandante D. Gervasio Burgueño, empeñáronse desde la venida del día en fuertes guerrillas con las avanzadas y descubiertas de Suárez, que encontraron de este lado del arroyo de Toledo, sobre las caídas del Miguelete.

Como a las 7 de mañana avistáronse de las líneas de guerrillas, que se habían mantenido firmes por ambas partes, los ejércitos que avanzaban.

De los dos puntos enviaron protección a sus guerrillas, ordenando Suárez a las suyas que trataran de avanzar y Aparicio a las de él que se sostuvieran en su sitio, mientras que el ejército revolucionario evolucionaba en el sentido de emprender la retirada, cuya orden fue cumplida al pie de la letra por sus guerrillas, no obstante su desproporción con las enemigas y el fuego horrible que éstas les hacían.

Expliquemos por qué el General Aparicio avanzó hasta Toledo y por qué, inmediatamente de haber llegado a aquel punto, retrocedía emprendiendo una retirada violenta. Se propuso de esa manera sacar al enemigo de las posiciones que ocupaba y llevarlo un poco más afuera, hasta las inmediaciones de San Ramón o el Tala, donde los campos son llanos y firmes, adecuados para que puedan maniobrar sin tropiezo las caballerías que constituían y compusieron siempre la principal fuerza de la revolución.

Así, con enormes dificultades, se emprendió la contramarcha, entre estrechos callejones de alambrados en unos puntos y por entre campos de labranza en otros. Como era inevitable, se producía a cada momento la mayor confusión entre las caballerías, infantería, artillería y el parque, con su numerosa cantidad de carros, carretas y carruajes, que se empantanaban a cada paso, y obstruían el paso a las grandes masas de infantes y caballos que se atropellaban y confundían para poder continuar.

En esa situación el ejército de Suárez seguía avanzando sin cesar, arrollando a su paso el débil obstáculo que ofrecían las guerrillas que venían batiéndose en retirada.

A pesar de todo, tanto el General Aparicio como los otros jefes de la revolución, comprendían la necesidad de continuar el movimiento de retroceso emprendido, pues aunque llegaban hasta las inmediaciones del Sauce, no mejoraba el terreno, compuesto de campos arados y de grandes sementeras.

El General D. Lucas Moreno, según el testimonio de personas que están bien al corriente de aquellos sucesos, fue el único responsable de que se diera la batalla en aquellos pésimos campos; siendo injustos por consiguiente, y más que injustos gratuitos, los cargos que se le han hecho y se le hacen todavía al General Aparicio por aquel hecho desgraciado, que fue el primero de los desastres que desde ese día habían de sufrir los revolucionarios del 70.

El General Moreno, creyendo seguramente que lo mismo allí que en cualquier parte triunfarían del enemigo, dado el entusiasmo del ejército y los triunfos que hasta ese día se habían obtenido, o creyendo quizás que Suárez no avanzaría del Sauce por creerse impotente para luchar con los revolucionarios en posiciones desven-

obstinada lucha que duró 4 1/2 horas, se pronunció en completa derrota, dejando en poder de nuestros bravos soldados, 4 piezas de artillería, algunos prisioneros, la banda de música de uno de los cuerpos, parte de su parque, banderas y armamento, este último diseminado por espacio de 2 leguas en que fueron perseguidos, teniendo que hacer alto en este punto por la fatiga de los infantes.

"Oportunamente pasaré a V. E. el parte detallado de esta brillante jornada, que asegura para el país el imperio de las instituciones de que ha sido y continuará siendo el celoso guardián el gran partido Colorado.

"El ejército a mis órdenes, sin excepción alguna, ha cumplido brillante con su deber.

"Con miles de felicitaciones que se servirá transmitir al Excmo. Gobierno, reitero a V. E. las seguridades de mi aprecio.

"Dios guarde a V. E. muchos años.

José G. Suárez"

PARTE SEGUNDO

"El General en Jefe del Ejército Nacional en campaña.

"Campo de batalla en la Capilla del Sauce, Diciembre 25 de 1870.

"Al Excmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina, Coronel D. Trifón Ordoñez.

"Señor Ministro: Tengo el honor de elevar a V. E. el parte detallado de la batalla, la cual ha acabado con los devastadores de nuestra querida patria.

"A las 6 de la mañana ordené marchase el ejército sobre el enemigo, el que se avistó a pocos momentos, efectuando una retirada que tenía por objeto obtener una posición favorable para sus caballerías.

"Como a las 8 estaban frente a frente las líneas, con un intervalo de 35 cuadras; inmediatamente mandé desplegar fuertes guerrillas de caballería para repeler las que el enemigo nos había desplegado.

"En esta actitud permanecí hasta las 9, hora en que mandé marchase el ejército en columnas paralelas, en dirección al costado derecho del enemigo, operación que tenía por objeto el tomar una posición ventajosa.

"Inmediatamente después de cambiar el frente de nuestra línea, el enemigo efectuó también el cambio de la suya, desplegándonos guerrillas dobles de infantería y caballería, ordenando se hiciese otro tanto por nuestra parte.

"Acto continuo ordené rompiese el fuego la artillería, al que casi simultáneamente contestó el enemigo con varios disparos de la misma arma.

"Nuestro centro se componía de los batallones «24 de Abril», «Urbano», «Artillería», «1º de Guardias Nacionales», «1er. Plantel», «1º de Cazadores» y «San José», estando la brigada de infantería bajo las órdenes del Coronel Pagola y el todo bajo las órdenes del infrascripto y las del Jefe del Estado Mayor, Coronel D. José A. Reyes.

"Componía la derecha de nuestra línea la caballería de la vanguardia y los batallones «General Pacheco» y «Coronel Sosa», bajo las órdenes del General D. Nicasio Borges.

"La izquierda se componía de los batallones «Urbano» (del Comandante Fonda), «Santa Rosa» y «Guardias Nacionales» del Salto, bajo las órdenes del Coronel D. Hipólito Coronado.

"El Coronel D. Simón Martínez ocupaba la extrema izquierda con la división «Tacuarembó».

"El enemigo inmediatamente nos trajo el ataque sobre nuestra línea cargando especialmente los costados izquierdo y derecho con grandes masas de caballerías.

"A consecuencia de lo rápido e impetuoso de estas cargas, nuestras caballerías tuvieron que replegarse detrás de nuestros batallones, los que acto continuo rompieron el fuego, doblando al enemigo, que se puso en retirada a trote y galope.

llegaron hasta Montevideo, esparciendo a su paso el pavor de la derrota entre los suyos.

"La infantería enemiga que se vio obligada a formar cuadros varias veces, quedó diezmada. Su caballería, compuesta de 800 a 1.000 hombres, fue batida y deshecha, no quedando en el campo más de 50 hombres de esa arma.

"El enemigo ha tenido más de 500 hombres fuera de combate. Nuestras bajas no alcanzan a 200 hombres.

"Tenemos que lamentar algunas pérdidas dolorosas.

"El Coronel D. Antonio Rodríguez, los Tenientes Coroneles D. Isidoro Guzmán y D. Isidoro Pérez, han caído al pie de su bandera, cumpliendo noblemente con su deber. Algunos oficiales de mérito, Moreno, Anavitarte, Morosini, Golfarini, Luján, han caído como valientes legando un digno ejemplo a sus compañeros de causa. La historia de la República recogerá sus nombres para inscribirlos en las páginas destinadas a conmemorar los sublimes sacrificios.

"Jefes, oficiales y soldados, todos han cumplido su deber. Pero injustos seríamos si no designáramos particularmente al General Muniz, que supo elevarse a la altura del heroísmo en la jornada del 25. A su lado en los momentos de mayor peligro, vio agruparse a jefes prestigiosos y valientes que lo secundaron poderosamente.

"El Brigadier General don Anacleto Medina parecía rejuvenecido en el combate. Su admirable espíritu, su serenidad y entereza se comunicaba a sus soldados.

"El general D. Inocencio Benítez, se mostró como siempre en el combate, intrépido y sereno.

"El General Egaña, herido en la jornada del 29 de Noviembre, en la Unión, apenas restablecido, montó a caballo el 25 y fue uno de los primeros en el ataque. Herido otra vez, pero levemente, de un lanzazo, fue respetado por las balas que atravesaron su poncho.

"El General don Lesmes Bastarrica, herido también en la Unión, no faltó a la cita de honor, y fue el mismo hombre de todas las batallas anteriores en que su nombre ha conquistado una merecida celebridad.

"Jefes, oficiales y soldados, todos han cumplido con su deber. Muchos nombres se escaparían a nuestra pluma y quisiéramos inscribirlos en esta página que será leída con avidez en toda la República y tendrá a no dudarle una inmensa circulación. Pero ¿cómo designar unos cuantos hombres en un ejército de valientes, bajando en el olvido a los demás? ¿Y cómo hallar espacio para nombrarlos a todos?

"La batalla del 25, llena de episodios heroicos, es digna de la pluma del historiador, elevada sobre las pasiones que exaltan el ánimo de los combatientes. Perdonen nuestros amigos que no registremos sus nombres; temeríamos ser injustos, acaso tachados de parciales, y preferimos discernir a todos la gloria común de esa jornada heroica.

"La revolución domina hoy todo el territorio de la República y hará sentir en él su acción enérgica y reparadora. Nuestros enemigos, reducidos al arma de infantería, impotentes para la acción fuera de la Capital no tardarán en sentir el poder de nuestros elementos.

"El día de la victoria definitiva no se hará esperar.

"La patria exige nuevos sacrificios. Ningún patriota faltará en esa liga suprema del deber y de la gloria.

"En tanto que llegue ese día, exclamemos con toda la expansión del patriotismo:

"¡Viva la República!

"¡Viva el Ejército Nacional!

"¡Viva el General en Jefe!".

Las "lanzas" del último gran levantamiento gaucho encontraron a los primeros "fusiles remington" y fueron sometidas. La historia de esa revolución fue contada por el dramaturgo Abdón Arózteguy que la vivió como uno de sus heroicos actores y que aquí narra la batalla del Sauce, con pasión y con divisa.

ENCICLOPEDIA



19

URUGUAYA

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montevideo.
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A.,
Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada
en el Art. 79 de la ley N° 13.349. (Comisión del Papel).
Octubre de 1968.